



Javier Valbuena
“El futuro de la cultura pasa por relacionar ciudad y mundo rural”

Daniel Heredia

Artículo recibido: 06/10/2021. Revisado: 27/10/2021. Aceptado: 29/10/2021

El hombre tranquilo es la cúspide cinematográfica de su director, John Ford, quien mostró en su película cómo dar sentido a una vida sin decoraciones ni artificios. Algo parecido podríamos decir de Javier Valbuena (León, 1959), un hombre apacible al que resulta muy difícil ver alterado. Como dicen sus amigos, “siempre es la opinión calmada, tranquila aunque directa, al núcleo del debate”. Esa calma se traslada también a sus maneras, suaves y relajadas. Valbuena, además, transmite bondad en el sentido machadiano del término. Su plaza la tiene como Técnico Superior de Cultura en la Diputación de Salamanca, aunque ha pasado por casi todos los escalafones de la profesión, por lo que estamos ante un trabajador que revela con claridad la idea de que la gestión cultural puede ser un constante *work in progress*. La excusa de esta entrevista son sus cuarenta años como gestor cultural y su excelente trayectoria laboral, centrada mayormente en el universo del libro y de las bibliote-

cas. La entrevista se realizó desde Salamanca y por vía telefónica en el mes de junio de 2022, cuando Ucrania y Moldavia recibieron el estatus de candidatos a la Unión Europea.



¿Cómo entiende Javier Valbuena la Cultura?

Antonio Monegal, en su libro *Como el aire que respiramos. El sentido de la cultura* (Acantilado, 2022), señala que la Cultura tiene que poner en relación la producción simbólica con la existencia humana. En estos cuarenta años de trabajo en la gestión cultural, he tratado de impulsar o colaborar en proyectos que tuvieran en cuenta esas necesidades, individuales y colectivas, y poder abordarlos con los diferentes recursos que aportan las disciplinas artísticas. Es decir, la cultura como argamasa social, que construye sociedades y ciudadanos conscientes a través de la participación. La entiendo como esa herramienta imprescindible y necesaria para diseñar toda una estrategia que aspira a promover el bien común de los ciudadanos en diálogo con el entorno en el que viven. La realidad es que no siempre los profesionales de la gestión cultural podemos implicarnos en proyectos de este calado porque, en muchas ocasiones, nuestro trabajo ha estado más centrado en el activismo cultural, conformando programaciones más ligadas al entretenimiento y a lo efímero.

Su recorrido como gestor cultural arrancó en el ámbito del voluntariado cul-

tural a finales de los años setenta, una de las maneras de acceder a la gestión cultural, ¿no?

Así es. Muchos de los que estamos ahora en vías de jubilarnos, cuando hablamos de nuestros comienzos, coincidimos que empezamos participando en actividades de voluntariado cultural. La España de finales de los setenta tenía un tejido social muy fuerte. Las asociaciones de vecinos y las parroquias eran los lugares de formación y reivindicación de una sociedad con múltiples carencias. Y ahí tuvo su caldo de cultivo la animación sociocultural y la educación de adultos. En mis primeros años de carrera, colaboré en el barrio de Girona, en Valladolid, y posteriormente en el municipio de Los Santos, en Salamanca, en la puesta en marcha de escuelas populares, donde ayudábamos a las personas que no sabían leer ni escribir pero necesitaban sacar el carné de conducir para que pudieran desenvolverse en la venta ambulante. O apoyábamos a jóvenes expulsados del sistema educativo para acceder a entornos de aprendizaje laboral. Nuestra inspiración para desarrollar esa tarea era Paulo Freire y lo hacíamos desde el convencimiento que nuestro papel debería ir más allá del mero aprendizaje instrumental y trabajar, como él decía, “por una comprensión crítica de la realidad social,

política y económica". Se dice que el trasvase de muchos representantes vecinales a la política, con la consolidación de la democracia en España, hizo flaquear la democracia real debilitando las asociaciones de vecinos. Pues quizás, en materia cultural, el fortalecimiento de las estructuras culturales en las instituciones públicas y privadas conformó otra forma de hacer la cultura, seguramente más profesional en cuanto al desarrollo de los procesos, pero también más desconectada de las aspiraciones de las comunidades y los territorios.

¿Cómo fueron sus inicios en el mundo de la lectura y de las bibliotecas?

Mis primeros contactos profesionales fueron en la Diputación de Salamanca. Como director del Área de Cultura, la institución provincial tenía una encomienda de gestión de la Junta de Castilla y León para el fomento de la lectura en la provincia. Disponíamos de dos redes importantes: las bibliotecas municipales y los bibliobuses. Para llegar hasta el último rincón de la provincia impulsamos también los libros por correo, con el objetivo de que cualquier persona que viviera en el medio rural tuviera acceso a la lectura. En ese periodo 2004-2008 estábamos en la fase previa al impulso de la lectura digital en España. A principios de 2009, y hasta 2015, tuve la oportunidad de dirigir el Centro de Desarrollo Sociocultural de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez en Peñaranda de Bracamonte (Salamanca). Como gestor cultural ha sido una de las etapas más apasionantes que uno puede vivir profesionalmente. En este Centro, la biblioteca pública era uno de sus pilares. Y ahí descubrí el ADN de la lectura de la mano del director general de la FGSR, Antonio Basanta, que años más tarde desarrolló en su libro *Leer contra la nada* (Siruela, 2017). Para Basanta, leer es detenerse, observar y escuchar. Es interpretar y comprender. Y también cosechar, tejer y surcar. La lectura es elegir, transformar y compartir. Todos esos verbos tratamos de conjugarlos en un momento de cambio de época con la irrupción de los dispositivos digitales y un tímido comienzo de la lectura digital en las redes bibliotecarias españolas con plataformas como eBiblio. Y lo hicimos con la complicidad de los lectores impulsando la primera etnografía de lectura digital en España, que se desarrolló en torno al proyecto de investigación *Territorio Ebook*. Esta investigación generó un modelo de utilidad, denominado *Nubeteca*, que se está desarrollando en Badajoz en sesenta bibliotecas públicas, impulsado por la Diputación

de Badajoz y con el apoyo de la propia Fundación Germán Sánchez Ruipérez. *Nubeteca* plantea un modelo híbrido de relación entre el espacio físico y el espacio virtual para la promoción de la lectura, aprovechando todas las oportunidades de la tecnológica pero sin renunciar al papel central que juega la biblioteca en la comunidad y el territorio.

¿Cómo se moderniza una biblioteca pública y una biblioteca privada?

Irene Vallejo, en el brillante ensayo *El infinito en un junco*, sobre los libros en la antigüedad clásica, lo dice muy claro. La historia de las bibliotecas es un relato de innovación permanente. Y cuando la modernidad de un momento se convierte en tradición en el siguiente, es preciso volver a cambiar para adaptar las funciones bibliotecarias a los nuevos contextos. Es lo que está ocurriendo ahora con la irrupción de nuevos modos de información y comunicación, con el empuje de las tecnologías digitales que nos impelen a repensar desde la biblioteca físicamente considerada, los espacios, su distribución, su funcionalidad, hasta la naturaleza de los servicios y su vigencia en un contexto de desplazamiento de los átomos a los bits. Es preciso, por lo tanto, replantear la relación entre la biblioteca y la comunidad, con objeto de romper con la curva crítica de caídas en el uso de sus servicios, de la lectura, del préstamo, cada vez más declinante en el formato impreso y poco pujante en el digital. Es preciso trabajar con los entornos que rodean las bibliotecas, institutos, asociaciones, parroquias, empresas, con objeto de persuadirlos de que nuestras instituciones también son las suyas y los pueden proveer de materiales de gran utilidad para el desarrollo profesional y el ocio. Hay que vincular a los lectores con los libros y a los libros con los lectores, en un viaje de ida y vuelta, pues tenemos la convicción de que cada libro tiene su lector, y no es admisible, por motivos económicos y de utilidad social, que existan cientos de obras que nunca han sido ni leídas en sala ni prestadas, no por falta de calidad o de interés en ellas, sino por desconocimiento. La principal labor de la biblioteca se articula en torno a esta nueva movilización de los recursos, acudiendo a una renovación de funciones y al aprovechamiento de las tecnologías para conseguir optimizar al personal y a los recursos disponibles.

Se exigirá, por lo que nos cuenta, nuevas competencias a los bibliotecarios.

Efectivamente. Esta nueva definición de roles entraña un rediseño de la profesión para adaptarse a los nuevos espacios y a las nuevas funciones. Los bibliotecarios se encuentran en una situación privilegiada de servicio a la sociedad, desde muchos puntos de vista. Dado que trabajan con un material indeleble, como es la información, constituyen la avanzadilla para estimular el pensamiento crítico y combatir las falsedades y mentiras que tan de moda se han puesto con la circulación de todo tipo de bulos y sesgos mediáticos. También se han de crear espacios para la innovación que impliquen a los usuarios, como los representados, por ejemplo, por la cultura Maker. Ahora bien, disponer de un espacio no es suficiente si no ocurren cosas en él, cosas que han de generar un polo de atracción potente y despertar la ilusión, incluso la ansiedad, por acudir a un sitio donde no solo se pueden aprender cosas nuevas sino colaborar con los colegas y compartir las experiencias. Los bibliotecarios y bibliotecarias tienen que seguir siendo agentes activos de esta transformación que estamos viviendo. El espacio, insisto, ha de conectar con el territorio, implicarlo en sus planes y propuestas, plantear desarrollos estratégicos en los que el núcleo no lo constituya únicamente la biblioteca sino la comunidad en la que se inserta, no solo en el contexto físico, sino en el digital. La mediación es la palabra clave. En un artículo escrito junto al profesor José Antonio Cordón en la revista *Publishers Weekly en Español* (diciembre de 2021), reflexionábamos a propósito de este concepto: “Es necesario potenciar las mediaciones, tratando de conectar huellas individuales con memorias compartidas, desplegar una estrategia reticular de intersección entre lo analógico y lo digital que garantice la reapropiación comunitaria de los espacios culturales, de tal manera que estos se conviertan en lugares accesibles tanto para comprender el mundo digital como para practicarlo”. Y los bibliotecarios deben desplegar nuevas mediaciones acordes con este nuevo tiempo que nos toca vivir.

Cuando echa la vista atrás y ve su trayectoria, ¿qué evolución percibe?

Al final de esta década vamos a asistir al relevo generacional más importante de gestores culturales en España, especialmente en el ámbito de las instituciones públicas. Uno tiene la sensación de que ese relevo no lo estamos haciendo bien. No sé si seremos capaces de aprovechar la experiencia de tantas

personas valiosas que han puesto en pie proyectos que deberían formar parte del ADN de nuestra profesión. Por otro lado, las nuevas generaciones disponen de una preparación inicial mucho más sistematizada que la nuestra y que sin duda puede ayudar a consolidar una profesión tan necesaria como la del gestor y gestora cultural. Desde el punto de vista personal me puedo considerar un privilegiado porque he podido recorrer un trayecto donde he visto nacer un Plan de Dinamización Cultural en la Provincia de Salamanca, pionero en España, pero también pude contemplar el ocaso de un programa de Educación de Adultos por decisiones políticas arbitrarias. Asistí al descubrimiento del impacto de la cultura en el cambio de comportamientos sociales en un municipio rural, Santibáñez de Béjar, que fue referencia europea, pero también he visto y sufrido la burocracia en las subvenciones culturales. He participado en el impulso de redes culturales y he desarrollado proyectos pequeños como *Sonidos de Sal* que me ayudaron a comprobar que hay espacios con alma. He disfrutado cuando he trabajado en organizaciones abiertas que permitían el riesgo y el trabajo a medio plazo, y he sufrido organizaciones cerradas que primaban lo seguro y el corto plazo. En definitiva, victorias y derrotas de un trayecto que trata de pasar el testigo a una nueva generación con el deseo de que logren algo que nosotros como colectivo no hemos conseguido: situar a la Cultura en el cuarto pilar del Estado del Bienestar. Por otra parte, en estos últimos años, he podido conocer iniciativas muy relevantes. A nivel institucional destacaría el proyecto impulsado desde el propio Ministerio de Cultura de España, *Cultura y Ciudadanía*, que este mes de octubre cumple su octavo Encuentro, y *Cultura y Ruralidades*, que este mes de junio ha celebrado su quinta edición. He tenido el privilegio de conocer de cerca ambas iniciativas y creo que Benito Burgos y su equipo han conseguido vertebrar en torno a estos tres polos de pensamiento: Ciudadanía, Cultura y Ruralidad, un mapa de experiencias muy dinámicas cargadas de futuro. Desde un ángulo complementario, sigo con interés el proyecto de Gobierno Abierto e Innovación Social que impulsa Raúl Oliván en el Gobierno de Aragón. Las sociedades democráticas necesitan repensarse en el marco de la sociedad del conocimiento y la Cultura tiene que estar en el centro de esa reflexión. Por otro lado, la Fundación Cerezales Antonino y Cinia es otro faro que ilumina una forma de pensar y trabajar desde la periferia y que es fuente

de inspiración para muchos gestores culturales en Europa. El medio rural como fuente de inspiración del arte contemporáneo y la etnoeducación como el espacio de dialogo con el vecindario son sus señas de identidad. Rosa, Alfredo y el equipo de FCAyC son un ejemplo de profesionalidad y compromiso que cuando uno les visita recobra la esperanza en el papel que la Cultura debe ocupar en nuestra sociedad. Por último, destacaría otra iniciativa desde el ámbito privado, que reclama la implicación de las artes en otros ámbitos, apoyando la economía creativa y la mejora de las organizaciones a través de la metodología de *Connexiones Improbables* que dirige un referente para todos nosotros, Roberto Gómez de la Iglesia. Híbridar para innovar es el enfoque que permite conectar personas, organizaciones y sectores. Este tránsito desde el voluntariado de finales de los años setenta, la consolidación de la oferta cultural institucional en los últimos veinte años del siglo pasado, el agotamiento de un modelo cultural cuando llega la crisis de 2008 y los nuevos horizontes que se empiezan a trazar en estos últimos catorce años, dibujan un camino que ha sido de todo, menos aburrido.

Cuarenta años de trabajo dan para conocer a muchos compañeros de profesión.

Ya he indicado anteriormente algunos proyectos y personas que he tenido el privilegio de conocer y trabajar con ellos. Si hago un poco de memoria, recuerdo algunos proyectos que han sido claves para mí y que relaciono sin duda con las personas con las que los he compartido. Pienso en José Ramón Insa y el proyecto ¿Dónde lees tú? En Roberto Gómez de la Iglesia y el proyecto *Centros Culturales en la*

Niebla. En Luis Ben y sus *Planes Estratégicos para la Cultura*. En el maestro Eduard Miralles cuando me invitó por primera vez a *Interacció*. En Ana Velasco y el *máster de gestión cultural*. O David H. Montesinos y el proyecto *Imprescindibles*. En los últimos años he tenido el privilegio de trabajar con Alfredo Puente en proyectos como *Territorio Archivo*, o compartir el día a día, durante muchos años, con los compañeros y compañeras de Cultura de la Diputación de Salamanca. He presentado en Murtas, el libro *Trovadores de repente* junto a su autor Alberto del Campo, en una de las experiencias más emocionantes que he vivido. He conocido los mejores años del SARC de la Diputación de Valencia impulsado por J.L. Pinotti, y he acompañado el proyecto *Nubeteca*, liderado por Isidoro Bohoyo, en la Diputación de Badajoz. He aprendido de gestores como Mikel Etxebarria, exviceconsejero de Cultura, cuando te explica el papel de los iconos culturales, como el Museo Guggenheim, en la transformación de un territorio como la ciudad de Bilbao. He participado en un fin de semana en Camargo con un equipo de gestores culturales dirigidos por Roberto G. de la Iglesia,

donde pudimos elaborar un libro sobre *El futuro de los Centros Culturales en la Europa Creativa*, mediante la técnica del *booksprint*. He tenido el privilegio de dirigir un equipo como el del Centro de Desarrollo Sociocultural de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, que nos permitió impulsar proyectos que hoy son referencia de estudio e inspiración para muchos profesionales. En fin, cuarenta años dan para mucho y dejo en el tintero muchas personas de las cuales he aprendido en estas décadas.

Es preciso, por lo tanto, replantear la relación entre la biblioteca y la comunidad, con objeto de romper con la curva crítica de caídas en el uso de sus servicios, de la lectura, del préstamo, cada vez más declinante en el formato impreso y poco pujante en el digital.

Es profesor en diferentes másteres de gestión cultural. ¿Qué nivel tiene esta formación en España en comparación con Europa?

No conozco en profundidad la oferta europea en este ámbito, pero en España, desde que se iniciaron los títulos propios en Barcelona y posteriormente Madrid, se amplió la oferta a otras universidades como Valladolid, Valencia o Sevilla. La formación del profesional de la cultura no acaba de cuajar, a pesar de que yo creo que tienen un buen nivel la mayoría de ellos. Es quizás uno de los pocos espacios que permiten estar conectados muchos de los profesionales que trabajan en este ámbito con los futuros profesionales. Pero hemos de reconocer que, en general, los másteres de gestión cultural existentes en España están en una situación muy débil. En parte tiene que ver con el ámbito de la profesión, pues la gestión cultural no ha terminado de generar un corpus que merezca el refrendo de la Academia. Y, por otro lado, el modelo de enseñanza que propone la Universidad está sufriendo un cuestionamiento y afloran nuevas iniciativas que seguramente desplazarán una forma de aprender muy encorsetada.

Entonces cree necesario un grado en gestión cultural.

Creo que se ha podido comprobar en estos cuarenta años de gestión cultural en España, que hay suficientes experiencias y realidades para poder estudiarlas y poder sacar de ahí un currículum homologado para este ámbito profesional. El problema que hay, a mi juicio, es que la Universidad y las prácticas de gestión cultural han estado muy separadas y, por lo tanto, aquellos profesores universitarios que se acercaban para desarrollar algún título propio o máster en este campo tenían, en general, muy poca práctica en gestión cultural. Es verdad que han cubierto un hueco, pero es necesario plantear un salto en la consideración de esta profesión y pasa, al igual que otros ámbitos de la cultura como la biblioteca o los archivos, por dotar de un grado a una profesión que necesita y merece una sanción académica. Porque ello lleva consigo, un respeto como profesión. Y no siempre sucede. Voy a contar una experiencia. Yo fui profesor asociado en la Universidad de Salamanca y recuerdo que se diseñó en esa época el currículum de Trabajo Social. El catedrático me dijo que participara en ese diseño curricular por mis orígenes en el campo de la ani-

mación sociocultural. Mi experiencia fue un poco descorazonadora porque todo el trabajo técnico previo que se hizo identificando aquellas materias que debían ser sustanciales para el ejercicio de esa profesión, se distorsionó a última hora en función de las horas de necesidad de los diferentes departamentos de la facultad. Primaron más los intereses internos que las necesidades reales de formación.

Cuál es su opinión de las políticas culturales municipales? ¿En qué momento se encuentran estas políticas?

Durante los últimos veinte años del siglo pasado, fuimos construyendo una estructura y un tejido institucional que fue interesante para consolidar una actuación en las políticas culturales de España. Había una corriente de entusiasmo que posibilitó que se consolidaran determinadas ofertas culturales, desarrollando a la vez una intensa promoción y consolidación de infraestructuras culturales que permitió una democratización de la cultura en gran parte del país. Es muy interesante la reflexión que hacen Eduard Miralles y Montserrat Saboya en un artículo que lleva por título *Aproximaciones a la proximidad. Tipologías y trayectorias de los equipamientos en Europa y en España*, donde señalan la importancia de los equipamientos de proximidad para definir las políticas culturales. En un determinado momento, las infraestructuras culturales han dejado de aportar significado a la ciudadanía y la transformación digital ha impactado en el cambio de hábitos y se ha producido un desplazamiento en la atención de los públicos. Actualmente vivimos un momento de transición. No hemos sido capaces de conectar dos mundos, el analógico y el digital, para ofrecer un solo espacio de participación, creación y conversación para la ciudadanía. La desmaterialización de los espacios y la deslocalización de las propuestas obligan a una redefinición de las políticas culturales. Y ese es el reto para los próximos años.

Trabajar como gestor cultural en Salamanca (Castilla y León) no es lo mismo que hacerlo en Madrid, en Barcelona o en otras grandes capitales.

Yo he trabajado fundamentalmente en Salamanca, tanto en la provincia como luego en un municipio de 6.800 habitantes, Peñaranda de Bracamonte, cuando dirigí el Centro de Desarrollo Socio-Cultural para la Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Siempre he preferido trabajar en territo-

rios pequeños. Me parece que ahí es donde tienes la oportunidad de conectar mejor con los públicos incorporando los recursos que proporciona el territorio.

Le interesa más el medio rural que la ciudad.

Sí, me interesa más el medio rural porque mis orígenes están vinculados a un pequeño pueblo de la provincia de León y eso, aunque aparentemente pasa desapercibido, con los años te das cuenta de que hay un sustrato que aflora y marca algunos acentos en tu trabajo. Yo creo que el mundo rural está diciéndole en estos momentos al mundo de la cultura que el futuro seguramente pasa por fijarse en este ámbito donde el territorio y la cultura inmaterial aportan nuevas fuentes para la inspiración. Y ahí tenemos un ejemplo claro de lo que ha pasado estos últimos años en el proyecto *Cultura y Ruralidades* del Ministerio de Cultura, que ha generado un mapa de proyectos que nunca se hubiera pensado que el mundo rural tuviera la capacidad de construir sin contar, en muchos casos, con el apoyo de las instituciones. Quiero decir que la institución puede ayudar o no, pero hay personas que trabajan en una dirección y tienen mucha fuerza, y esto en la ciudad a veces está muy mediatisado bien por la viabilidad económica o bien por las subvenciones de las instituciones. Está claro que en el medio rural hay una serie de valores que forman parte de la vida diaria y del paisaje. Las formas de organización comunal para garantizar el bien común deben ser fuente de inspiración para fortalecer los sistemas de convivencia tan deteriorados en nuestros días. Vivir en la intemperie es una forma de hacerte como persona y como comunidad, y eso no suele ocurrir en la ciudad. El futuro de la cultura pasa por relacionar ciudad y mundo rural. Para que el mundo rural aporte unos nuevos códigos a unas ciudades que se han hecho inhóspitas o amenazantes para la gente. Hoy, la innovación cultural pasa por el medio rural.

¿Cómo puede sobrevivir la industria cultural en la era digital?

El problema no es de supervivencia sino de visibilidad. La era digital ofrece posibilidades impensables hace unos pocos años, cuando el mundo de la cultura se desarrollaba en entornos muy limitados por las propias restricciones impuestas por el formato. La digitalización de la sociedad en general, y de la cultura en particular, ha desencadenado un universo de expectativas que, utilizadas adecuadamente,

potenciarán la proyección y el impacto de las industrias culturales. En el mundo de la lectura, por ejemplo, nos hemos encontrado con el escaso recorrido de las recomendaciones para elegir obras susceptibles de adaptarse a los distintos tipos de lectores. Las estadísticas muestran que las bibliotecas ocupan los últimos lugares en términos de influencia para elegir los libros que se quieren leer, desplazadas por el consejo de los amigos, por las redes sociales o por la publicidad. Resulta paradójico que los que más podrían contribuir al acercamiento del lector y del libro, los bibliotecarios, sean un recurso empleado de manera muy secundaria, a niveles ínfimos en términos porcentuales. La tecnología puede contribuir a mejorar las prestaciones de la biblioteca con funcionalidades completamente nuevas y muy próximas a la sensibilidad de los lectores. En un experimento que hicimos con una empresa vinculada a la Universidad de Zaragoza, pudimos comprobar cómo las lecturas desencadenan emociones que se pueden medir y etiquetar, y que por lo tanto se pueden aproximar aquellas obras que respondan a unas determinadas necesidades emocionales del lector, vincular a lectores que coincidan en sus preferencias por obras que respondan a características similares, y en definitiva, mediar entre lecturas y lectores aprovechando las oportunidades generadas por la tecnología y sus algoritmos inteligentes.

Decía Marguerite Yourcenar que una de las mejores formas de conocer a alguien es ver sus libros. ¿Qué dice su biblioteca de usted?

En estos momentos me interesa mucho David Trueba y su novela *Tierra de Campos*. He seguido toda la trayectoria de Rosa Montero como periodista y escritora. También encontraremos muchos clásicos tanto de literatura como de filosofía. Sigo con interés editoriales independientes como Menguates, Delirio o La Uña Rota, que editan a un autor al que admiro: Juan Mayorga. Y soy un enamorado de la literatura iberoamericana, porque cuando estudiaba tenía mucha conexión con espacios de encuentro donde participaban escritores latinoamericanos. Y hay también un pequeño rincón para los poetas, desde Gabriel y Galán a Aníbal Núñez. No leo todo lo que me gustaría porque la actividad diaria me arrastra, pero la lectura es una de las mejores compañías que puedes tener a lo largo de la vida y la biblioteca es un reflejo de ese viaje.



¿Qué es el libro para usted?

Amaranth Borsuk, profesora de la Universidad de Washington Bothell, publicó hace dos años una estupenda obra, *El libro expandido* (Ampersand, 2020), en el que concebía a este como una suerte de intersección entre la materialidad y el pensamiento. Y sostenía que reviste un carácter caleidoscópico en el que se entrecruzan lo emocional, lo sociológico y lo epistemológico con la finalidad de despertar la reflexión humana. Pensar el libro es reflexionar sobre sus formas cambiantes a lo largo de la historia, sobre su condición de interfaz que, gracias a la lectura, constituye una fuente de inspiración, de experiencia de vida. Un libro es un artefacto, pero como diría Umberto Eco, un artefacto perfecto para los propósitos para los que fue diseñado: la extensión del cerebro en casi todas sus funcionalidades. Un libro para mí es una apertura al mundo, pero también a los sueños y a la vida.

38

¿Qué le parece el libro electrónico?

Cuando comenzó su desarrollo por todo el mundo, hacia el año 2009, pensé que su crecimiento sería exponencial, como gran parte de la industria, que incluso vaticinó la desaparición del formato papel para el año 2018. Sin embargo, estas previsiones, y esta impresión particular mía, no contemplaron que toda innovación encuentra en sus primeros desarrollos las resistencias de la industria preexistente, guiada por la inercia de la tradición y por el miedo a la incertidumbre de lo nuevo. Se ha planteado la falsa disyuntiva entre el libro impreso y digital como alternativas irreconciliables, cuando se trata de dos propuestas complementarias y necesarias pues se retroalimentan una a otra. El libro electrónico ha mejorado la calidad del libro impreso, y este ha contribuido a mejorar también algunas de las prestaciones de legibilidad del libro digital. Pero contestando con más concreción a la pregunta, el libro electrónico ha resuelto muchas de las limitaciones que revisten los formatos impresos, mejorando

sus prestaciones en términos de accesibilidad, de visibilidad, de ubicuidad y de resiliencia, en tanto que son adaptables a dispositivos de lectura muy versátiles y a contexto muy variados, desde el espacio doméstico a la consulta del médico o el autobús. En este sentido, la biblioteca puede jugar con una oferta moldeable a las necesidades de lector y que este disponga de la lectura adecuada en cada momento según sus expectativas. Para ello, como decía antes, el rol de la biblioteca y de los bibliotecarios ha de adaptarse a estos nuevos escenarios. El libro electrónico ha constituido una respuesta, seguramente transitoria, a las necesidades de socialización y de intervención de un nuevo tipo de lector que se ha ido gestando en los últimos años. La respuesta de la biblioteca es conferirle la formación necesaria para que pueda aprovechar y disfrutar de las nuevas funcionalidades que reviste, habida cuenta de que, como demuestran nuestras investigaciones en el seno de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez y del ya citado proyecto *Territorio Ebook*, coincidentes con otras desarrolladas en todo el mundo, el nativo digital no existe.

Esta entrevista se publicará en la revista *Periférica Internacional*. ¿Cuál es su opinión sobre la labor desarrollada por la Universidad de Cádiz en lo referente a gestión cultural?

Bueno, yo soy un devoto del trabajo realizado en la Universidad de Cádiz desde hace muchos años. La conozco, la echo de menos y además tenemos en el grupo de *avejentados* un militante acérrimo que nos trae los últimos números: Luis Ben. He colaborado, además, alguna vez en ella. Me parece que es uno de los faros en el mundo de la gestión cultural. A los gestores nos ayuda en muchas ocasiones, desde buscar recursos para los compañeros que hacen oposiciones a leer los libros que se reseñan en la revista. *Periférica Internacional* es una revista que te alimenta. Es de agradecer vuestra perseverancia, porque una revista cultural que siga en ese trayecto debe de estar pendiente de muchos vientos diferentes y estar también permanentemente a la escucha para abrir nuevos caminos. En tiempos de tanta inmediatez y tanta superficialidad, encontrar un lugar abierto a la reflexión y a la diversidad es, insisto, muy de agradecer.

Las fotografías de este artículo son de David Arranz.